

GABRIELA ACHER

**¿QUÉ HACE UNA CHICA
COMO YO
EN UNA EDAD COMO ESTA?**



1

TODA UNA VIDA
POR DETRÁS

¿No es una mierda el tercer acto?

*Una señora de 90 años le pregunta
a otra anciana cuántos años tiene.*

—¡80! —le contesta.

—¡Linda edad!

Todo empezó una tarde especialmente calurosa, cuando me encontraba haciendo unos largos en la pileta del club. Era uno de esos raros días en que había decidido meterme con cabeza y todo —soy experta en nadar con la cabeza afuera— aun estando consciente de que el cloro es peor que la lavandina para el teñido. Pero decidí concentrarme solo en el placer que me daba mojarme el pelo y en la recompensa que significaba poder nadar crol.

Cuando iba por la quinta vuelta, noté que había un par de niñitas sentadas en el borde de la pileta con los piecitos en el agua que me observaban detenidamente. Calculé que tendrían alrededor de 5 o 6 añitos cada una.

Al cabo de un rato, comenzaron a hacerme preguntas llenas de inocencia, cada vez que pasaba delante de ellas:

—¿Cómo te llamás?

—Gabriela

Un largo.

—¿Vivís acá?

—No, vengo a nadar.

Otro largo.

—¿Esa es tu sombrilla?

—No, la mía está allá.

Otro largo.

—¿Te gusta nadar?

—Sí, mucho.

Otro otro largo.

—¿Y por qué sos vieja?

Confieso que tuve que recuperarme para contestar esa. Lo primero que me apareció fue: ¡el pelo! ¡Se me destiñó totalmente y quedé blanca en canas! ¡Por eso las pendejas me ven como a una viejita!

Pero no. Observé el mechón que tenía delante de los ojos y estaba de mi perfecto color chocolate. Falso.

—Porque tengo muchos años —le contesté haciéndome la buenita y tratando de asimilar el golpe—. Vos también vas a ser vieja alguna vez... ¡si tenés suerte!

Y me quedé con culpa.

«No tendría que haberle contestado así a una niñita», pensaba, aunque no hice más que decirle la verdad.

Pero me justificaba pensando en que ya me resultaba bastante insoportable el haber tenido que acostumbrarme a que me dijeran señora. Y no estaba dispuesta a que se pasara de ahí.

En ese momento me vino a la mente una viñeta del maravilloso Quino, en la que Mafalda, mirando un cartel que

decía: «Siempre se tienen 20 años en un rincón del corazón», se preguntaba: «¿Y para qué querría una todo ese stock ahí acumulado?»

Definitivamente, era la primera vez en mi vida que tomaba conciencia de que para una niña de esa edad yo era definitivamente ¡vieja! No importaba el color de mi cabello ni el hecho de que pudiera hacer veinte largos en la piletta sin parar.

Me deprimí un poco.

Esa noche, estaba mirando en la tele un programa en el que se le daba a Sean Connery el Life Achievement Award, que es un premio a la carrera de toda una vida.

Él nunca fue santo de mi devoción, pero en el discurso de aceptación dijo algo que nunca olvidaré. Comentaba acerca de las conversaciones que sostuvo con su agente de toda la vida —mayor que él— y resaltaba el hecho de que este siempre le había hablado con la verdad.

Contaba que en esta oportunidad, su agente, muy contento por el premio y luego de abrazarlo efusivamente, le dijo mirándolo a los ojos: «La vida es maravillosa, es como una gran obra de teatro, pero... ¿no es una mierda el tercer acto?»

Por si fuera poco, al otro día tenía que ir a ver a mi ginecólogo de cabecera.

Lo escuché carraspear mientras terminaba de controlar mi última densitometría ósea.

—Va a tener que empezar a prepararse para los 60 —lanzó la bomba como si tal cosa.

El corazón me dio un respingo.

—¿Qué hago? ¿Le voy escribiendo una carta al señor juez?

—No, tiene que empezar a hacer gimnasia. Necesita estar fuerte y prepararse para dejar las hormonas.

—Pensar en hacer gimnasia ya es suficiente pesadilla pero... ¿dejar las hormonas? —me indigné—. Me parece que me quedo con la carta al juez.

—Pero usted sabía que las tenía que dejar. Yo le advertí que por más de diez años no conviene tomarlas.

—Pero ¡fueron los diez años más pletóricos que recuerdo, doctor! Escribí cuatro libros, viajé, estuve activa, el pelo se me puso más brillante... Las hormonas suplementarias son la droga más divina que conozco. No me diga que me las va a sacar ahora.

—Las tiene que dejar en algún momento. Y es mejor que sea ahora.

La indignación me subió a la garganta.

—¿Por qué me odia, doctor? ¿Qué le hice yo para que me desee tanto mal? ¿No he sido una buena paciente? ¿No he cumplido al pie de la letra sus horrorosos mandatos? ¿No me he hecho mamografías hasta que mis tetas se convirtieran en un panqueque? ¿No me saque las hormonas! Usted no se da cuenta pero es como si me sacara un brazo. Qué digo un brazo... ¡un hijo! Es como *La decisión de Sophie*...

—¡Qué bueno! —se burlaba el insensible—. ¿Es el parlamento de alguna obra?

—¡No! ¡Y no me gusta que me tome el pelo!

—Bueno, entonces deje de exagerar y vaya preparándose para dejarlas.

La relación con el ginecólogo es una cosa muy seria en la vida de las mujeres. Es bastante extraño tener ese nivel de intimidad con un hombre que te conoce los órganos, que te

ve por dentro y que te da órdenes. Es como un marido pero sin la parte divertida.

—Pero yo camino todos los días cinco kilómetros en el Lago —intenté defenderme inútilmente—. Ando en bicicleta, hago yoga con stretching, nado...

—Sí, sí, pero tiene que ir a un gimnasio y ponerse a sudar con otra gente —sentenció.

—Pero, doctor, usted sabe perfectamente que hay dos cosas en la vida que no soporto: una es sudar y la otra es ver sudar a otra gente. Así que si está tratando de entusiasmar-me, va a tener que hacer un esfuerzo mejor que ese porque esa imagen no podía resultarme más espantosa...

—Le recomiendo la cinta —me interrumpió sin miramientos—. Y no solo la del gym, sino una acá —y me señaló la boca!

Yo no salía de mi indignación.

—Pero ¡doctor! ¿No entiende que yo no he vuelto a pisar un gimnasio desde que era chica?

—O sea que alguna vez fue. No sería la primera vez.

—¡Qué vivo! Es que mis padres para obligarme a ir pagaban todo el año por adelantado.

—¿Y no se acuerda de algún ejercicio?

—No, porque falté a mil doscientas clases.